

“el golpe policiaco y legislativo” de septiembre de 2010 a dicha institución, considerándolo la manifestación de una violenta injerencia sin precedentes en la historia de la entidad.

Los cuatro textos se ocupan de un concepto medular para el funcionamiento de la Universidad como institución social.

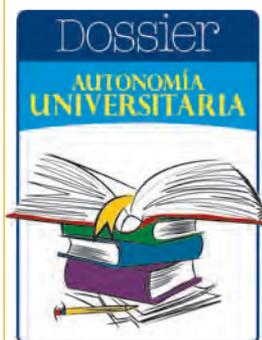
## La autonomía universitaria: un punto de vista autobiográfico

Luis Porter\*

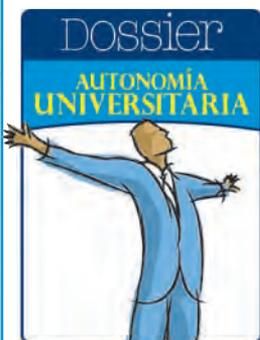
Durante los 35 años de permanencia en la institución que me ha cobijado, la UAM-Xochimilco, he visto cómo el concepto de autonomía se ha transformado y con él, el entorno que ha afectado mi vida y mis conductas como académico. Cuando inauguramos la Unidad Xochimilco en 1975, las discusiones giraban en torno al “sistema modular”, es decir, a su filosofía educativa. El modelo organizacional de la universidad había sido trabajado minuciosamente por muy buenos expertos, lo que nos permitió formar parte de un modelo de gobierno colegiado que tenía todas las características de un proyecto democratizador. Podemos decir que durante

los primeros años de trabajo nos dedicamos a establecer programas para recibir a las primeras generaciones de estudiantes. Esta dinámica concentrada en la docencia continuó hasta que llegamos a la década de los años 80. En esa época crítica de México, el año sabático me permitió irme a Boston por ocho años, a hacer mis posgrados. Esa década, como todos sabemos, marcó un cambio y a partir de entonces, la preocupación mayor de las políticas educativas dirigidas desde el centro del país hacia las universidades públicas, se orientaron cada vez más hacia la gestión y la planeación administrativa, y cada vez menos a la docencia y la investigación. En Xochimilco, bastión de diferentes grupos de individuos de izquierda comprometidos con un proyecto social, paulatinamente nos fuimos acostumbrando a escuchar de nuestros jefes los lenguajes propios del administrador de empresas.

Cuando regresé de mis posgrados, en 1988, el gobierno y la planeación seguían un modelo normativo, cuya preocupación central se ubicaba en la racionalización del gasto. Ocupaba el terreno el idioma de las estadísticas, de las tipologías, de los lugares comunes, en detrimento del intelecto que analizara y lograra un claro conocimiento institucional. En esa época, como asesor en la Subsecretaría de Educación Superior (SES), pude constatar que los tomadores de decisiones se preocupaban más por integrar una visión cuantitativa basada en datos, que integrar archivos que sumaran la información cualitativa de primera mano que se tenía de cada una de las universidades públicas. Tampoco existían investigaciones ni se promovía el estudio de cada universidad por expertos. En su lugar, el político en turno negociaba con rectores, muchas veces en episodios que no han quedado regis-



\*Doctor en Educación por la Universidad de Harvard. Docente-investigador de la UAM-Xochimilco.



trados. No existía una preocupación por lograr una visión teórica explicativa de nuestras instituciones. De esta forma se hizo imposible construir estrategias para combatir aquellos problemas que no respondieran a la coyuntura de las fuerzas políticas micro institucionales, o de las decisiones hechas a partir del indicador abstracto. En las reuniones periódicas en las que a veces participábamos los asesores, era evidente que las autoridades no eran entes maquiavélicos o malvados, sino individuos y grupos formados por muy pocas personas; una figura y sus incondicionales, no siempre complementarios, en esquemas verticales que impedían crear el ambiente apropiado para el uso de la imaginación. Prevalcía en todo, y especialmente en el uso del lenguaje, lo "políticamente correcto". Aunque entre nuestros funcionarios hay gente de mucho talento y entrega, al mismo tiempo podemos decir que el perfil medio del político, aun en el ámbito de la educación, requiere como condición su autorestricción y temperancia. Los políticos tienen que ser convencionales. Deben conocer bien la legislación y las reglas, lo que impide ir lejos en el uso de la imaginación. De allí que destaque en el ámbito de la autonomía universitaria la falta de proyecto, la falta de buenas ideas. Y, como todos sabemos, sin ideas no puede haber líderes ideológicos.

En la primera mitad de los años 90 el gobierno federal seguía centrado en las formas de gobierno y la organización de la administración universitaria. Había varias razones para ello, una importante era que a pesar de los esfuerzos de SESIC<sup>1</sup>-ANUIES<sup>2</sup> por medio del SINAP-PES<sup>3</sup> con sus COEPES,<sup>4</sup> etcétera, no se sabía casi nada sobre la operación cotidiana del sistema público, lo cual implicaba la necesidad de realizar diversos

ejercicios de evaluación para contar con datos básicos. La autonomía universitaria, con la particular interpretación que ha tenido en México, donde el subsidio juega un papel de múltiples filos, implicaba que solamente se podía aplicar políticas a través de las autoridades institucionales. Por consecuencia, hubo un fuerte énfasis en la reorganización del gobierno universitario, en la capacitación del personal directivo, además de un aumento en las remuneraciones. Un primer efecto de estas políticas fue el crecimiento de la administración universitaria y de sus costos.<sup>5</sup>

Todavía en aquella época, en la mayoría de las universidades, el rector y los funcionarios seguían siendo autoridades a las que solíamos considerar como tales. Por su parte, las autoridades, como sucede en la cultura política mexicana, se abrían paso hacia el puesto no por medio de una profesionalización adecuada, sino por medio de las alianzas y redes, que son las que los han mantenido hasta hoy dentro de un perfil de *amateurs*. Era muy común, y sigue siéndolo, que nuestros jefes tengan menor *estatus* intelectual que sus subalternos. Esto es producto de dos condiciones interesantes: el envejecimiento de la planta académica

<sup>1</sup> Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica, hoy Subsecretaría de Educación Superior (SES).

<sup>2</sup> Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.

<sup>3</sup> Sistema Nacional de Planeación Permanente de la Educación Superior.

<sup>4</sup> Consejo Estatal para la Planeación de la Educación Superior.

<sup>5</sup> W. De Vries y E. Ibarra, "La gestión de la universidad. Interrogantes y problemas en busca de respuestas". *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, IX, 22 (julio-septiembre, 2004), pp. 575-584.

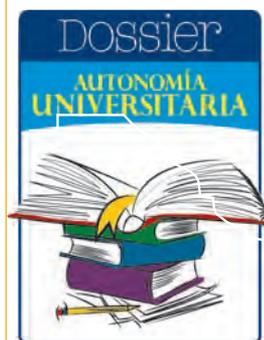
mica, y la dicotomía entre carrera política y carrera académica, cada vez más distante la una de la otra. La profusión de doctorados, no garantiza que los políticos se vuelvan intelectuales, pero sí la producción de intelectuales mediocres que aspiran a lo político, avalados por el doctorado de fin de semana al que hayan asistido. Así, estamos destinados a no tener administradores de carrera, sino personas que surgen del juego en la arena política, sujeta a múltiples procesos electorales, a ritmos y periodos que provocan enroques y recambios, similar al sistema político federal o estatal que sólo a últimas fechas comienzan a someterse a concurso. En suma, la autonomía, cuya dimensión es la de la libertad, se constriñe a gobiernos sumamente domésticos, es decir, circunscritos al discurso y a su contraparte: los intersticios y la autonomía relativa en la que nos movemos los que estudiamos estos procesos. Podemos afirmar que la pérdida de autonomía de la universidad pública ocurre, en el nivel macro, en el hecho de que cada vez más nuestras autoridades se sitúan fuera de la institución (“hoy reporto a CONACyT<sup>6</sup> antes que a mi institución”), y en el micro, en el hecho de que los grupos o corrientes

políticas, se basan en aquellas redes o núcleos, unidos por lealtades forjadas en el tiempo. El Programa de Mejoramiento del Profesorado (PROMEP) no ha logrado frenar la endogamia en las plantas académicas. Seguimos viendo en cada elección cómo los nombramientos dependen de estas lealtades y la cooptación que ocurre tanto en los niveles altos, como en los intermedios.

De esta manera, entramos al nuevo siglo, después de décadas de modernización, que impiden afirmar que haya existido determinados efectos de las reformas, sino más bien una diversidad sujeta siempre a una lógica política llena de imprevistos. Esto nos lleva a entender porqué resulta sumamente difícil afirmar cuál es el tipo de gobierno que caracteriza hoy a las universidades públicas, pues cada caso será un caso aparte.

La sustitución de la aportación de la base y sus talentos, por el cumplimiento de requisitos burocráticos como demandas externas provenientes del centro, ha llevado a las instituciones a reproducir en muchos niveles estas conductas de fachada; el discurso de las apariencias, la simulación.

La autonomía, entonces, tiene cada vez más que ver con la capacidad de respuesta frente al entorno en general, que con el espacio interno institucional. Durante los años que lleva este siglo, el entorno de las universidades ha cambiado y ellas se han convertido en objeto de políticas públicas. Como con la globalización, en la autonomía se han ido borrando las fronteras para operar, hay varios acontecimientos —planeados o no— que llevan a un entorno nuevo y más complicado para la universidad pública. Para responder frente a estos cambios se necesitan nuevas formas de organizar y administrar, pero principalmente se necesita reconocer el talento



<sup>6</sup> Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.



que existe dentro de cada una de nuestras universidades públicas, y dar lugar al uso de la imaginación. Demostrarle a las autoridades que en la universidad pública mexicana existe capacidad de respuesta, capacidad de superar los gobiernos universitarios atrapados entre los usos y costumbres del pasado y de responder a los desafíos del futuro inmediato, que incluye la introducción de nuevas formas de enseñanza e investigación, nuevas formas de relacionarnos con el saber, de generar recursos, de establecer relaciones con el sector productivo, de atraer académicos de alto nivel o estudiantes de otras partes, incluyendo la olvidada dimensión internacional. Esto implica, si nos detenemos a meditar, que podríamos estar ante el desvanecimiento y desaparición de la universidad pública que alguna vez conocimos, para dar lugar al nacimiento de un nuevo tipo de universidad.

## Universidad y autonomía: la balada de una relación difícil

Adrián Acosta Silva\*

El tema es antiguo pero también complejo, como lo muestran el voluminoso anecdotario, las biografías individuales o las historias institucionales que le acompañan. Los casi novecientos años de la historia de las universidades en el mundo (a partir de la creación de la Universidad de Bologna, en el 1142), recogen una dilatada narrativa de las complicadas relaciones entre el poder y el saber, entre la academia y la política, entre el Estado, los grupos políticos y las universidades. Estas relaciones se han desplazado a lo largo de un eje institucional que va de la heteronomía

a la autonomía, es decir, de la subordinación hacia un poder externo a la organización universitaria hasta la autodeterminación institucional de sus ordenamientos, libertades políticas y prácticas académicas. Las legendarias historias de cómo la universidad pasó de ser una organización crecida bajo las rígidas reglas y normas de la iglesia católica, a una institución en la que la investigación y la enseñanza quebraron el monopolio epistémico de la fe y lo sustituyeron por una explosiva diversificación de las disciplinas, las artes y las formaciones profesionales, son parte de la difícil y conflictiva construcción de una racionalidad típicamente moderna, en la cual la investigación científica, disciplinaria, contribuyó de manera decisiva a la revolución de la vida económica y social bajo el capitalismo. En ese marco de cambio y transición, configurado por épocas distintas y actores diferentes, la vida política universitaria se desarrolló en una complicada red de relaciones entre estudiantes, profesores y autoridades, patrocinadores y gobiernos nacionales, sindicatos y organizaciones civiles, en la que la disputa por recursos, espacios y representaciones institucionales se resolvió de maneras muy diversas y por los caminos más accidentados.

\*Profesor-investigador de tiempo completo del Departamento de Políticas Públicas, CUCEA-Universidad de Guadalajara.